

ARQUEOLOGÍA DE LA MUERTE: ASPECTOS METODOLÓGICOS

TERESA CHAPA BRUNET

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

E-mail: tchapa@ghis.uem.es

ANALES
DE ARQUEOLOGÍA
CORDOBESA
NÚMERO 17 (2006)

VOL. I / PÁGS. 25 - 46

RESUMEN

La “Nueva Arqueología” desarrolló una nueva metodología para el estudio de los restos funerarios. En los últimos años se han producido nuevos avances, centrados en su mayor parte en los resultados de la Antropología y los análisis químicos sobre los restos humanos. La teoría también ha sido renovada por los nuevos enfoques post-procesuales que dan más importancia a la propia perspectiva de los arqueólogos y a varios grupos sociales antes subestimados como las mujeres y los niños. La práctica de la Arqueología de la Muerte está siendo cuestionada en la actualidad por consideraciones de tipo étnico y religioso que reclaman respeto a sus comunidades, y algunos casos han planteado su incompatibilidad con la legislación del mundo “occidental”.

SUMMARY

The “New Archaeology” developed methodological standards for archaeological research centered on funerary remains. New methodological tools have been achieved on the last years, mostly centered on anthropological and chemical results applied to buried bones. Theory has also been renewed by several post-processual approaches that give more importance to the archaeologist’s perspective and to several previously underestimated groups as women and children. The practice of funerary archaeology is now challenged by ethnic and religious beliefs that claim respect for their communities, and some cases are incompatible with legislation of the “western” world.

*“Buen amigo, por Jesús,
abstente de cavar el polvo aquí encerrado.
Bendito el hombre que respete estas piedras,
y maldito el que remueva mis huesos.”*

Epitafio de William Shakespeare

I. INTRODUCCIÓN¹

La metodología que rige la práctica arqueológica relacionada con los restos funerarios es una especialidad que a fines de los años 60 del siglo XX fue bautizada como “Arqueología de la Muerte”. Lo que entonces fue una verdadera revolución en el tratamiento de los restos fúnebres ha seguido siendo objeto de nuevas investigaciones y sobre todo, de nuevos planteamientos que renuevan síntesis anteriores (Ruiz Zapatero y Chapa, 1990; Chapa, 1991; 2000). La intensidad y velocidad de los estudios arqueológicos mueve a seguir reflexionando sobre la teoría y práctica de esta materia, lo que evita cualquier riesgo de estancamiento. Esta es la grandeza y el atractivo de la investigación, que nos obliga a generar y a mantenernos atentos a las novedades y a ser lo suficientemente ágiles para asimilarlas y potenciarlas con nuevas reflexiones y experiencias².

Este trabajo tendrá tres partes. En la primera se revisarán algunos de los nuevos sistemas de estudio de los restos funerarios que hoy se consideran imprescindibles y que han venido a unirse recientemente a las técnicas más tradicionales. Relacionaré las nuevas tecnologías con los avances que introdujo en su momento la Nueva Arqueología o Arqueología Procesual, tendencia que insistió especialmente en la rigurosidad de

la recuperación de los datos arqueológicos. La segunda parte intentará exponer, mejor o peor, las nuevas tendencias teóricas desde las que se aborda hoy la comprensión y el análisis de estos restos, y que se separan ampliamente de la panorámica introducida en su momento por aquella corriente teórica, marcando nuevas perspectivas desde las que abordar el estudio de sepulturas y necrópolis. En tercer lugar, señalaré los nuevos campos de especialización que ha proporcionado la Arqueología de la Muerte, así como los problemas que empieza a entrañar la excavación de los restos funerarios.

Para centrar un tema es preciso fijar convenientemente los términos que se emplean para su denominación. La reunión que ha motivado este volumen se centra en la “Arqueología de la Muerte”, y es preciso hacer notar que el contenido de este concepto, como acabo de señalar, ha cambiado notablemente en los últimos años. Hagamos un poco de historia.

La aparición del término debe ligarse, como también se ha dicho, al desarrollo de la Nueva Arqueología, que concibió el comportamiento de las sociedades humanas como un gran sistema cultural en el que operaban diversos subsistemas como el económico, el político o el ideológico. Dentro de ellos, nuevos subapartados permitían compartir las actividades del grupo y analizarlas separadamente, como si fueran “ventanas” hacia la vida del pasado, pertenecientes todas ellas a un edificio común. Pero teniendo en cuenta que cada ventana daba a una habitación diferente –unas a las actividades productivas, otras a las comerciales, otras a los transportes, otras al comportamiento funerario, etc.– su estudio debía generar también una metodología distinta, o mejor dicho, una metodología especializada dentro

¹ | Agradezco al Dr. Desiderio Vaquerizo y a todo su equipo la posibilidad de participar en el curso “Espacios y usos funerarios en la ciudad histórica” celebrado en la Universidad de Córdoba (Marzo, 2006), donde se revisaron extensamente aspectos generales y concretos sobre el comportamiento funerario en la Antigüedad.

² | Este artículo forzosamente es una reflexión somera sobre un asunto de gran calado. Remito a la monografía más reciente sobre este tema (Parker Pearson, 2005) para una revisión más detallada de la Arqueología funeraria.

de un marco común. Así surgieron términos como “Arqueología de los asentamientos”, “Arqueología del Culto”, “Arqueología de la Guerra” y otros, entre los que podemos incluir a la “Arqueología de la Muerte”. Estas denominaciones hicieron fortuna, de forma que hoy día aparecen como capítulos en los manuales y libros de Arqueología, y lo que es más importante, como entradas en diccionarios y enciclopedias de divulgación.

La “Arqueología de la Muerte” sería entonces, según esta acepción inicial, aquella parte de la disciplina arqueológica encargada de tratar e interpretar los restos vinculados al mundo funerario. La Nueva Arqueología consiguió –qué duda cabe– una verdadera renovación de los estudios sobre tumbas y necrópolis, pero también fue uno de los campos en los que se advirtieron con más rapidez las limitaciones de este enfoque teórico. Como probablemente nos han repetido más de una vez, la Nueva Arqueología trabajaba desde una perspectiva básicamente darwinista, en la que, siguiendo a Leslie White, la Cultura era un medio extrasomático de adaptación al medio. Si esto era así, lo crucial en el estudio de una sociedad sería conocer cuáles habían sido sus estrategias adaptativas y entender el cambio cultural como una fórmula de reajustar su situación respecto a su entorno. En consecuencia, los aspectos más valorados en el estudio de una sociedad serían los temas relacionados, por un lado, con la supervivencia –es decir, los aspectos económicos y su vinculación con el medio ambiente–, y por otro, con la estructura organizativa de la sociedad, que es la que permitiría una adaptación exitosa.

La “Nueva Arqueología” supuso, como es sabido, una mejora notable en el tratamiento del registro arqueológico. Además de aquellas “Arqueologías” temáticas gene-

rales surgieron otras, ceñidas a campos concretos de estudio, como la “Arqueología de los animales”, “Arqueología de las plantas”, “Arqueología de la basura”, “Arqueología de las armas”, y toda una serie de especializaciones que hicieron más complejo, pero también más fiable, el trabajo arqueológico, renovación metodológica que sigue plenamente vigente en la actualidad. Vamos a comenzar analizando este punto y señalando los últimos avances en el estudio de la arqueología funeraria, en la estela de lo que supusieron esas renovaciones en el trabajo de campo y en el estudio de los materiales recuperados.

II. NOVEDADES METODOLÓGICAS

Cuatro coordenadas básicas configuraron el marco identificativo de la Nueva Arqueología en relación con el estudio de los cementerios y el ritual funerario. En primer lugar, el interés por la referencia espacial, tanto de los objetos como de las estructuras funerarias y, desarrollando progresivamente el zoom de alejamiento, de las necrópolis respecto a sus poblaciones y su territorio. Aquí hablamos de la “Arqueología Espacial”, dentro de sus niveles Micro, Medio y Macro, un lenguaje típicamente procesual.

La segunda coordenada fue la mejora de los sistemas de clasificación y el tratamiento estadístico de los datos, que buscaba anular el efecto engañoso que supone elevar a nivel de generalización lo que en realidad no son más que comportamientos individualizados y escasamente representativos. La “Arqueología Analítica” de Clarke (1983) abrió un campo que hasta hoy no ha dejado de avanzar.

En tercer lugar, la Nueva Arqueología desarrolló la interpretación social de los restos funerarios, estableciendo una compleja secuencia de criterios para jerarquizar a los individuos en función de sus estructuras funerarias y de sus ajuares, asociando estos datos a la información sobre su sexo y edad.

La cuarta coordenada fue la incorporación de unos sistemas analíticos mucho más perfeccionados, estimulando la colaboración interdisciplinar y el estudio tecnológico y económico de los restos encontrados. En coherencia con los intereses económicos y medio-ambientales, prioritarios en esta tendencia, las piezas eran valoradas en todo su proceso de elaboración y no sólo en su clasificación tecno-morfológica, como era habitual hasta entonces. Encontramos a partir de este momento estudios sobre la construcción de las tumbas, sobre la cantidad de metal incluido en los ajuares, sobre la procedencia de los objetos de piedra, o sobre el costo que pudo suponer el sacrificio de los animales y sus patrones de descuartizamiento y consumo. A ello se añadían análisis paleobotánicos y cronologías absolutas que complementaban las series estratigráficas básicas.

Algunos de los aspectos señalados se han convertido en puntos de referencia de los estudios funerarios, especialmente los estudios espaciales a diferentes niveles, y la interpretación social de los restos. Es generalmente sabido que la situación de las necrópolis respecto a los poblados puede leerse de muchas maneras, que van de lo funcional a lo simbólico. –Necrópolis romanas junto a las vías de entrada; depósitos funerarios en medios acuáticos, etc.– Uno de los aspectos que siempre se indicó desde los presupuestos nuevo-arqueológicos,

pero que pocas veces fueron desarrollados, era establecer hasta qué punto las tumbas eran un fiel reflejo de la sociedad o si deformaban o enmascaraban algunos de sus rasgos constitutivos. Se establecía la jerarquía social por las tumbas, pero, ¿había los mismos indicios de jerarquía en el mundo de los vivos?

Actualmente los estudios que se realizan sobre las necrópolis abordan a menudo una comparativa con los estudios de los datos recopilados en los poblados. Un ejemplo lo tenemos en un reciente trabajo de Ruiz Zapatero (2004), donde se comparan los ajuares domésticos y funerarios del Bronce Final y Primera Edad del Hierro, no sólo en su aspecto formal, sino en el lugar que ocupan en cada uno de sus respectivos contextos (Figura 1).

La perspectiva recíproca desde las necrópolis y los asentamientos es, por tanto, un enfoque necesario en la investigación, máxime cuando es posible que alguno de los dos sectores, especialmente el funerario, no ofrezca el reflejo esperado de sus correspondientes poblados. Es habitual que los restos de los cementerios proporcionen registros de población inferiores a las estimaciones que se realizan a través del estudio de las viviendas. En ocasiones esta ausencia es notoria, como se ha señalado en el caso de la Cultura Ibérica, e incluso pueden darse casos de inexistencia casi generalizada, como ocurre en algunas áreas del Bronce Final peninsular. Cuestiones de ideología y de nivel social y económico pueden marcar estas tendencias, factores que han actuado hasta la actualidad en este sentido. Hoy día se nos presentan otras alternativas todavía más “engañosas” para la Arqueología, como la creciente moda de convertir las cenizas procedentes de las incineraciones de los di-

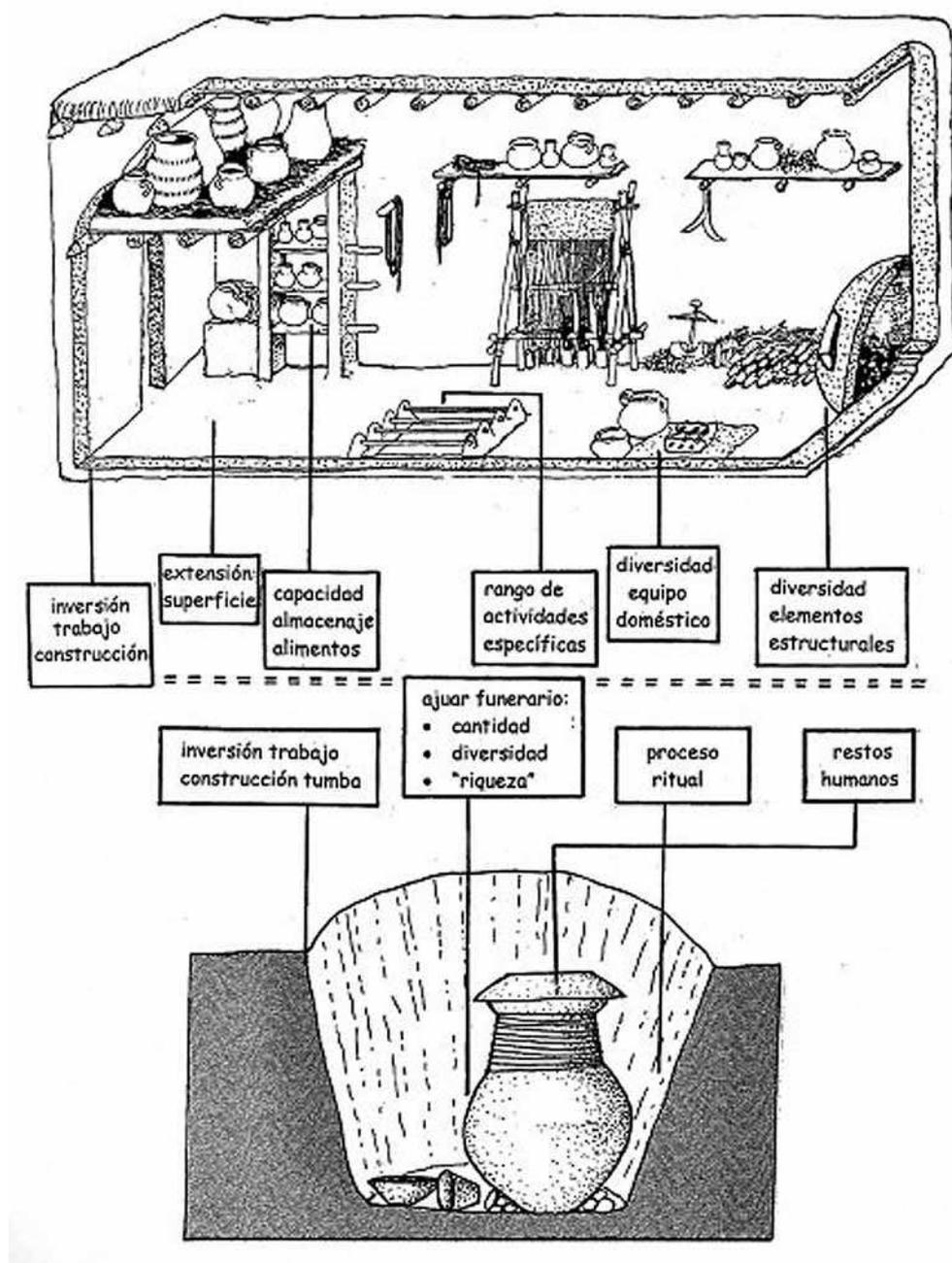


FIGURA 1.- Comparación de espacios y materiales entre casas y tumbas del Bronce Final (según Ruis Zapatero, 2004)

funtos en diamantes que permanecen y engrosan la herencia familiar³.

Asimismo puede comprobarse que algunos de los aspectos tratados en los años 70 y 80 se van abordando desde nuevas perspectivas. El estudio de las construcciones funerarias, de sus características arquitectónicas y del esfuerzo que costaba levantarlas iba dirigido expresamente a una lectura de la jerarquización social. Actualmente, la "Arqueología de la Arquitectura" desborda ampliamente esos parámetros, al considerar el edificio funerario como generador de un espacio interior que es diseñado no sólo en relación a la importancia de los personajes enterrados, sino también en función de ideas y normas que rigen el comportamiento funerario, y que en buena medida constituyen una materialización del mundo del más allá (Sánchez, 1998; 2004).

Podríamos encontrar muchos otros casos de los resultados que van obteniéndose en la actualidad a partir de la reorganización de los estudios funerarios planteada por la Nueva Arqueología, pero me centraré sobre todo en uno de los campos en el que creo que se ha avanzado más respecto a las décadas de 1970 y 1980, y que es el de la Paleantropología, en la que hay que destacar cuatro líneas que enriquecen notablemente los estudios arqueológicos: la Paleodieta, los estudios de ADN, la Paleopatología, y el análisis antropológico de las incineraciones⁴.

Empecemos por el final. Hasta la década de 1960 se suponía que los restos quemados quedaban tan deteriorados por la acción del fuego que no merecía la pena su estudio y de hecho, en muchas ocasiones no se conservaban. Afortunadamente, los trabajos de Wells (1960) en Inglaterra demostraron la posibilidad de determinar la edad y el sexo

de los difuntos, así como distintos aspectos del ritual de cremación, con lo que se abrieron nuevas posibilidades en la investigación de las culturas que someten a sus difuntos a la acción del fuego.

En el caso de la Península Ibérica, la colaboración entre arqueólogos y antropólogos se puede considerar como tardía. A pesar de todo, y dada la importancia de este ritual funerario a partir del Bronce Final, a comienzos de la década de 1980 surgen las primeras colaboraciones, plasmadas en análisis puntuales de enterramientos de cremación singulares (Campillo, 1982:101-2). Rápidamente seguirán otros conjuntos, como los de Ibiza (Gómez Bellard 1985), conjuntos funerarios ibéricos como los del Cigarralejo (Santonja 1985), Pozo Moro (Reverte 1985), aunque quizás ninguno tendrá tanta repercusión como el estudio realizado sobre los restos humanos incluidos en el trono de la Dama de Baza (Reverte, 1986), por la aparente contradicción entre su condición femenina y la presencia de armamento en el ajuar.

Desde luego, la incineración de los restos humanos puede llegar a provocar grandes limitaciones en el estudio antropológico, siendo imposible a veces conocer incluso el sexo y la edad, y dando margen a

³ Se pueden encontrar numerosas referencias en internet sobre este tema, cuyos servicios comerciales por el momento se ofrecen únicamente desde Suiza.

⁴ Empleamos indistintamente los términos incineración y cremación, aunque con propiedad no deberíamos usar más que este último, ya que el esqueleto no queda en ningún caso reducido sólo a cenizas tras los rituales practicados en la Antigüedad. Ciertamente, tampoco en la actualidad los procesos de "incineración" son estrictamente tales, puesto que sigue permaneciendo una fracción ósea que no llega a destruirse por completo.

la aplicación de criterios diferenciales entre especialistas, como ocurrió en el caso de la necrópolis de Los Castellones de Céal. En esta ocasión, la muestra de los restos humanos cremados fue sometida a dos análisis independientes, obteniéndose resultados parcialmente diferentes. Mientras que en un caso se aventuraba más en cuanto a la adscripción de sexo, en otro se prefería una postura más prudente, engrosando el apartado de “indeterminados” (Chapa *et al.* 1998, pp. 203-204)

Eso sí, un análisis detallado permite conocer aspectos importantes del proceso ritual. En primer lugar podemos aludir a la temperatura que alcanzó la pira funeraria. Como señalan Trancho y Robledo (e.p.)⁵ en su estudio sobre los restos quemados enterrados en la cámara ibérica de época antigua del Cerrillo de la Compañía (Hornos, Jaén), se ha comprobado experimentalmente que a partir de 200°C la acción del fuego empieza a provocar un cambio en la coloración de los huesos, que progresivamente va oscureciéndose. A partir de 600°C pasan a gris, y sobrepasando los 650°C torna a “blanco de incineración”. Ciertamente, aunque la temperatura de la pira funeraria sea más o menos alta, la repercusión del calor en los huesos puede no ser uniforme. Especialmente los huesos largos pueden tener variaciones notables en su coloración, tanto en su extensión como en su sección desde la parte exterior a la zona interna.

En segundo lugar, y si contamos con la posibilidad de comparar los restos introducidos en las urnas o las tumbas y los que se asocian a las piras funerarias, es posible también conocer las pautas de selección y recogida de los restos. En el caso de Castellones de Céal se observó que, una vez finalizado el proceso de cremación, las personas

que recogían los huesos quemados para introducirlos en sus correspondientes urnas, actuaban según pautas muy comprensibles, seleccionando aquellos restos de mayor envergadura o con una forma más llamativa, mientras que los pequeños restos de diáfisis se abandonaban entre los carbones (Chapa y Pereira, 1992) (Figura 2).

Por otro lado, un estudio detallado de los dos conjuntos depositados en una misma tumba, y en este caso volvemos de nuevo a la cámara ibérica de Hornos antes citada, ha permitido apreciar que, aunque la intención fue separar los restos de las dos personas en urnas distintas, alguno de los huesos de una de ellas acabó en la urna contraria. Esto pudo saberse al comprobar que uno de los huesos de una urna encajaba perfectamente con su otra mitad, recuperada en el segundo recipiente funerario. En este caso lo que podemos suponer es que la cremación fue simultánea, en piras contiguas con posibilidades de mezcla, o consecutiva en un mismo lugar (Trancho y Robledo, e.p.).

En cuanto a la Paleopatología, no es necesario señalar que es un campo que ha avanzado considerablemente en los últimos años, al que se vinculan amplios grupos de especialistas que, poniendo su trabajo en común, permiten ofrecer constantemente novedades⁶. Uno de los aspectos que más preocupa a los especialistas, por la dificultad que entraña su estudio, es el de la de-

⁵ | Agradecemos tanto a los autores como a los editores de la monografía el habernos permitido consultar el texto antes de su publicación.

⁶ | El último Congreso Nacional de Paleopatología, celebrado en Cáceres (2005), insistió en la necesidad de relacionar estrechamente los intereses arqueológicos y paleopatológicos, disciplinas que hasta el momento han colaborado de forma más paralela que interrelacionada.

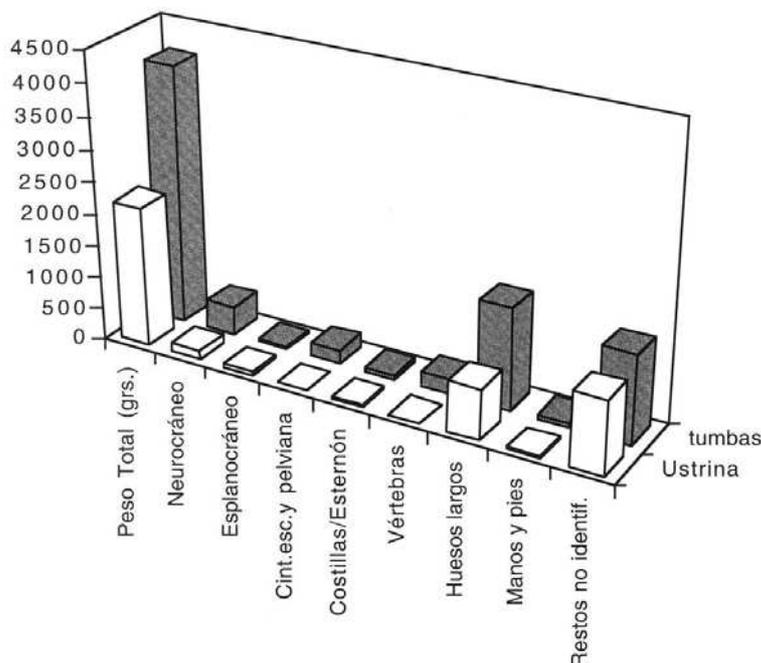


FIGURA 2.- Tipos de huesos encontrados en las tumbas y las piras de la necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal (Según Chapa et al. 1998).

tección de plagas o pandemias a partir de enfermedades que apenas dejan huella en la estructura ósea. La detección se produciría entre muestras amplias de enterramientos si éstos reflejan un modelo parecido al de la población viva, y no el perfil correspondiente a una curva esperada de muerte (alto número de tumbas infantiles, pocos adolescentes y aumento gradual de los adultos de más edad) (Gowland y Chamberlain, 2005).

Igualmente, los indicios de violencia van acumulando cada vez más información. Los primeros enterramientos colectivos que muestran personas violentamente muertas se fechan al menos en el 6000 BP, en pleno inicio de la colonización neolítica de Europa Central. Al muy conocido caso de Tahleim, en el Rin Medio, con más de 30 personas

introducidas desordenadamente en una fosa colectiva de unos 3 m. de largo –se contabilizaron 11 hombres, 7 mujeres y 16 niños, todos ellos con un fuerte golpe en la cabeza que les causó la muerte–, se unen los de Schletz y Asparn–, con unos 60 individuos (Wild et al., 2004).

A partir de entonces se conocen bastantes otros casos. Uno de los primeros estudios en la Península Ibérica es el de San Juan ante Portam Latinam, donde se recuperaron más de 100 individuos en un enterramiento colectivo que incluía al menos nueve heridas por flecha en un conjunto fechado a finales del IV milenio a.C. Lo más llamativo es que los impactos, por regla general, se habían producido por detrás. Afectaban exclusivamente a los varones, no constatándose su

presencia entre niños o mujeres, lo que descarta un origen bélico para esta gran tumba. Además, alguno de los individuos curó de sus heridas y pudo seguir viviendo más o menos tiempo después del impacto de la flecha (Vegas *et al.*, 1999). En todo caso, todos estos fenómenos, constatados desde fechas muy antiguas, han dado lugar a la proliferación de una bibliografía especializada sobre la violencia y la guerra en el pasado (Gracia Alonso, 2003; Guilaine y Zammit, 2002).

Otro de los campos relacionados con los restos humanos que se han desarrollado con más fuerza en los últimos años es el del análisis del ADN, que ha revolucionado en gran medida nuestros conocimientos sobre el origen de la humanidad moderna y sobre el poblamiento de los distintos continentes, pero que también se aplica con fines más limitados entre poblaciones de carácter local, sustituyendo antiguos métodos de interés genealógico, como la paleoserología. Sus posibilidades reales son actualizadas de forma constante en la bibliografía, dada la rapidez con que el método va perfeccionándose y agilizando sus resultados (Scholz *et al.* 2000; Hagelberg, 2005).

Finalmente, me referiré a los estudios de Paleodieta. La Palinología y la identificación de los macrorrestos vegetales y de la fauna han sido tradicionalmente el sistema más habitual para establecer, tanto los patrones medioambientales como los de la alimentación de las sociedades del pasado. En la actualidad, son los propios restos humanos los que se han convertido en la clave para establecer las pautas alimentarias de una población y de su variabilidad individual o social, a través del estudio de los elementos traza, de los isótopos estables o del patrón de estriación dentario.

Basándonos de nuevo en el trabajo de Trancho y Robledo (e.p.), puede decirse que fue hacia mediados del s. XX cuando el desarrollo nuclear provocó la necesidad de valorar la incorporación del estroncio en la biosfera, puesto que las explosiones aumentaban considerablemente su proporción en la estratosfera. A partir de ahí comenzaron a desarrollarse los sistemas para medir la proporción de estroncio en los seres vivos, incluidos los animales y los seres humanos, que lo adquirirían a través de la cadena alimentaria. Otros diversos elementos han venido a unirse al estroncio en estos estudios, lo que ha llegado a conformar un patrón de comportamiento alimentario que se corresponde con la cantidad y las proporciones que cada elemento químico deja en el sustrato óseo. Así, el cobre y el zinc se consideran indicativos de una dieta carnívora, el estroncio se asocia a una dieta vegetariana y también a los alimentos de origen marino, mientras que bario, magnesio o vanadio se relacionan con productos de origen vegetal.

Una aplicación muy interesante de los análisis químicos basada en el comportamiento del Estroncio es la que relaciona este componente con posibles migraciones, un aspecto difícil de valorar desde el punto de vista puramente arqueológico. El sistema se fundamenta en el hecho de que el estroncio asimilado por el esqueleto a través de la dieta representa componentes que están presentes en la geología local. Las plantas aportan minerales extraídos del suelo y del agua, que son representativos de los componentes geológicos del entorno. La clave está en que, mientras que los huesos renuevan el estroncio absorbido a través de la dieta (se calcula que el estroncio presente en los huesos representa aproximadamente los 10 últimos años de la alimentación de una per-

sona), el esmalte de los dientes lo absorbe sólo en los primeros años de vida del individuo, y después cesa su interacción con la alimentación, permaneciendo por tanto estable. Esta etapa de formación se inicia ya en el feto y termina con la erupción de los dientes definitivos, en torno a los 12 años. Así pues, una persona que tenga diferente composición entre el estroncio de los huesos y de los dientes, es previsible que haya vivido sus últimos años en una zona distinta de donde nació (Price *et al.*, 2000; 2002).

Este método ha sido aplicado a yacimientos de la Cultura del Vaso Campaniforme en Europa Central, analizando muestras de cementerios de Austria, República Checa y Hungría. Aunque con diferencias, se evidenció una fuerte incidencia de los movimientos de población (Price *et al.*, 2004). Asimismo podemos encontrar aplicaciones al mundo romano tardío. Los análisis aplicados a los restos óseos de dos cementerios ingleses fueron discrepantes (Budd *et al.* 2003). Mientras que en uno (Magotsfield, mitad s. III d.C) se pudo comprobar que la población era local, en otro de Eagle Hotel Site (Winchester), un siglo más tardío, se pudo observar que los 4 individuos analizados no eran nativos, proponiendo los autores del estudio, por las características de los minerales detectados, que fueran norteafricanos o del sur del mediterráneo. La conclusión para esta época es que sería interesante plantear proyectos extensivos que pudieran reconocer fenómenos sociales como la colonización o el esclavismo.

No cabe duda que todas estas novedades abren vías importantes a la investigación, especialmente en campos donde los datos arqueológicos pueden ser valorados de muy distintas maneras. Ahora bien, los arqueólogos debemos ser conscientes de que

todas estas nuevas posibilidades que se nos brindan tienen también sus contrapartidas si queremos que los datos obtenidos sean fiables, y esto en general se refleja en una mayor complejidad y en un encarecimiento sustancial del trabajo arqueológico.

Pongámonos primero el ejemplo del estroncio. Para saber si el que reflejan los huesos y el esmalte de los dientes corresponde a componentes locales, será preciso realizar un estudio de la Geología de la zona, y determinar por tanto el patrón esperable para un individuo que viviera en ella e ingiriera los alimentos propios de su época. Sin este modelo de contraste los datos obtenidos no pueden tener una referencia válida.

Volviendo igualmente al caso de los estudios generales de la dieta, no hay que pasar por alto que los huesos, al ser enterrados, entran en contacto con la tierra y el agua, que también están cargados de elementos químicos, y que pueden contaminar los restos humanos. Es preciso que antes del proceso de estudio se realice tanto una cuidadosa limpieza, tanto mecánica como química. El primer sistema consiste en suprimir una pequeña capa externa del resto analizado, de forma que elimine la parte del suelo mineral adherida al hueso, así como la contaminación más superficial.

Pero esta contaminación puede ser más profunda, y para detectarla se suelen emplear otras técnicas, como la de la limpieza química, centrada especialmente en la eliminación del carbonato cálcico. Sin embargo, tiene también sus inconvenientes y a menudo se revela insuficiente. El protocolo más empleado y que resulta más fiable es realizar la analítica no sólo sobre los huesos humanos, sino también sobre la tierra que les rodea y sobre los restos de fauna que les

acompañan. En el caso de que existan patrones diferentes entre humanos y animales, y que los primeros se acerquen más a los componentes geológicos de su estrato, es previsible que exista una contaminación significativa de los restos analizados.

En definitiva, la incorporación de estas nuevas técnicas supone una reorganización del trabajo arqueológico, de forma que se cumplan rigurosamente los protocolos científicos, y de esta manera, los resultados puedan ser válidos. Y esto no sólo para esta especialidad recientemente incorporada de los análisis químicos aplicados a las paleodietas, sino para todos los métodos que llevamos utilizando desde hace más tiempo, como los análisis de polen o el buen uso de las fechas de Carbono14. En muchos de los casos, los arqueólogos no estamos familiarizados con los estándares mínimos que requieren esos métodos, y depositamos una confianza ciega en los especialistas sin conocer ni valorar, no ya sus resultados, sino las necesidades imprescindibles para que la información obtenida sea fiable. En todos los libros y manuales se indica que la Arqueología es una actividad multidisciplinar, y que es precisa una colaboración entre especialistas que vaya más allá de la simple yuxtaposición de datos y apéndices en las memorias arqueológicas. Pero hay algo más, y es que la excavación e interpretación de los yacimientos es responsabilidad de los arqueólogos, y puesto que estas tareas requieren una planificación de las estrategias de trabajo, es imprescindible que se tomen las medidas adecuadas para que los procedimientos científicos se desarrollen con todas las garantías, y en este caso, o tenemos una información suficiente y previa a la excavación, o difícilmente vamos a poder llevar a cabo un trabajo de calidad.

Esto requiere un gran esfuerzo, y a veces no sólo eso, sino, como se ha dicho antes, aumentar significativamente los precios del trabajo arqueológico. Pongamos el ejemplo del Carbono 14, un método discutido, pero cuyo uso es a la vez indiscutible en Arqueología. En los últimos años se ha desarrollado la técnica AMS, que además de precisar muestras muy pequeñas, permite limitar la desviación estándar obtenida y fijar por lo tanto tramos menos amplios para las fechas proporcionadas. Su empleo es muy recomendable en la mayor parte de los contextos, pero ello requiere una partida específica de presupuesto de la que no siempre disponen los equipos arqueológicos.

III. RENOVACIONES TEÓRICAS

Pero dejémonos de tanta materialidad y volvamos al mundo de las ideas y de la interpretación arqueológica. Finalizada ya la etapa dominada por la Nueva Arqueología, hemos entrado en el mundo Post-procesual, que abarca muy distintas tendencias, y que ha abierto el camino a diversos enfoques globales o sectoriales, que han recibido múltiples denominaciones (Arqueología Crítica, Arqueología Radical, Arqueología de la Identidad o incluso la más conocida y transicional Arqueología del Paisaje). Estas propuestas parten de una reflexión autoconsciente del bagaje ideológico del propio investigador, que condiciona los planteamientos y métodos del trabajo arqueológico. En cuanto a la investigación sobre el pasado, buscan igualmente trascender los datos puramente materiales para penetrar en la esfera de la ideología, el simbolismo o las relaciones sociales, aspectos todos ellos apenas tratados

por la Nueva Arqueología, lastrada por sus propios planteamientos teóricos.

Teniendo en cuenta estas prioridades, resulta evidente que uno de los principales campos de desarrollo de estas nuevas tendencias es precisamente el estudio de las necrópolis, puesto que su propia existencia se encuentra estrechamente ligada con las creencias de una sociedad. Los restos encontrados en los cementerios suelen adaptarse a normativas sociales, pero también dejan campo a conductas grupales, familiares e individuales, y nos enfrentan, en definitiva, a personas reales, a personas que tuvieron una historia y unas vivencias concretas. Con el estudio de las necrópolis penetramos en

el conocimiento de una sociedad de la mano de los individuos que la conformaron, y en cierta medida esta es una dimensión diferente a la del estudio de los asentamientos y de los territorios, en los que debemos “situar” a nuestros protagonistas en espacios que hace mucho tiempo dejaron vacíos. Veamos algunos ejemplos –una pequeña selección que es apenas un apunte– de la aplicación de los enfoques postprocesuales en relación con los restos funerarios.

Empezaré con unos aspectos casi inaprensibles, pero que se hacen evidente en ciertos soportes como es el de la iconografía, un campo que plantea, a mi interesado juicio, un interés especial. Se trata de la concepción

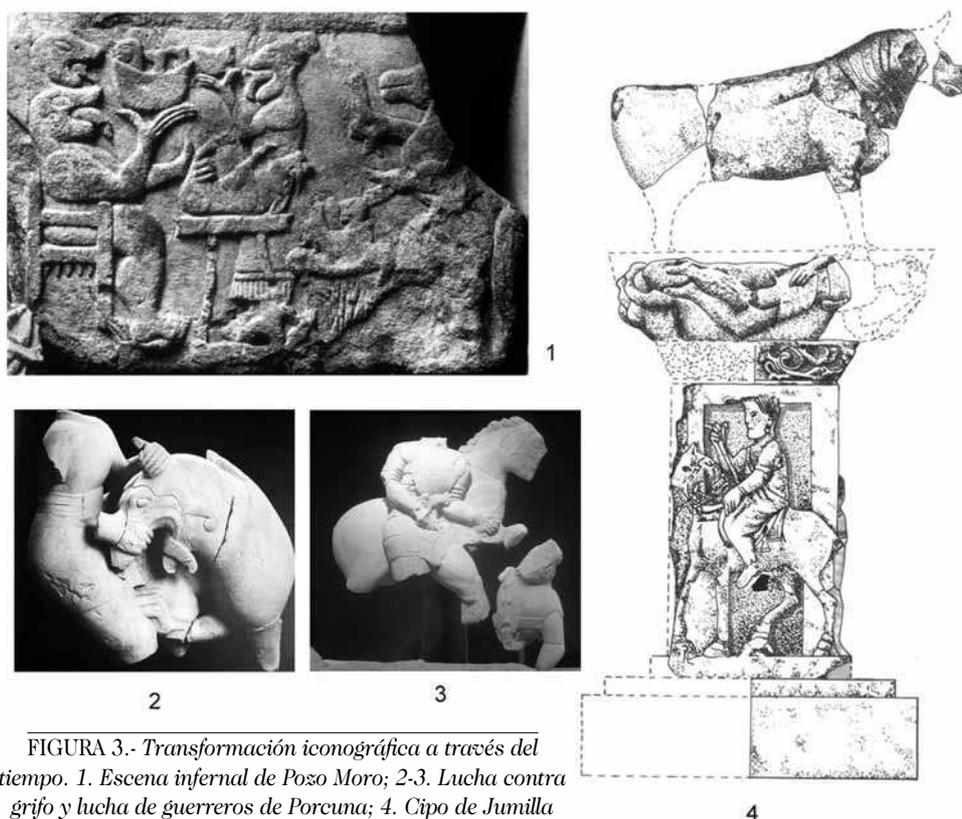


FIGURA 3.- *Transformación iconográfica a través del tiempo. 1. Escena infernal de Pozo Moro; 2-3. Lucha contra grifo y lucha de guerreros de Porcuna; 4. Cipo de Jumilla*

del tiempo y el espacio que se reflejan en los monumentos funerarios, y que revelan mucho sobre la concepción que la sociedad tuvo sobre este ámbito, y sobre cuál fue su posición respecto a las imágenes y escenas representadas. En un estudio anterior he analizado estos aspectos sobre ciertos monumentos funerarios ibéricos (Chapa, 2003a), y sólo voy a indicar aquí unos breves apuntes para que se aprecien las posibilidades de esta línea de investigación (Figura 3).

En el Monumento de Pozo Moro, fechado en principio hacia el año 500 a.C., lo que se nos representa es el mundo infernal, en el que el héroe parece desenvolver sus acciones. Su poder, su astucia y su habilidad se proyectan al más allá, no es un espacio accesible al común de los mortales. Él pertenece a otra dimensión, a la que los demás no pueden acceder; se sitúa fuera del alcance de sus semejantes, y la escala de tiempo tampoco se ajusta, seguramente, al transcurrir de los días y las horas del calendario, sino que se proyecta a momentos iniciales, genésicos, de su propia sociedad. Muy pocos individuos acceden a una sepultura en estos momentos, en los que se reconoce una fuerte jerarquización social, con una posible realeza que utiliza estos símbolos de manera exclusiva.

Algo más tarde, en el conjunto de Porcuna –primera mitad del s. V a.C.– se intercalan la esfera mítica y la humana, revelando que la población está empezando a formar parte de este universo simbólico, en el momento de nacimiento de las primeras estructuras claramente urbanas. Poco después se produce un rechazo a esta iconografía, y en la transición al s. IV a.C. las necrópolis ibéricas se amplían para acoger a la mayor parte de la población. Se advierte ahora que el protagonismo pasa a la dimensión humana más que a la de ultratumba. Monumentos como el cipo de Jumilla

indican que los personajes representados son los del universo humano más que divino, y por tanto el tiempo en el que se enmarca es el de los espectadores más que el de la divinidad. La asociación de las imágenes a un tiempo y a un espacio determinados parece vincularse, por tanto a la propia configuración social y a su cambiante ideología.

Seguiré con la Arqueología de Género, una de las líneas más desarrolladas en los últimos años, y de la que la Arqueología Feminista es una parte sustancial. Si tomamos como referencia los datos funerarios, tendremos en que la mayor parte de los ajuares que consideramos indicativos apuntan al sexo masculino. A los hombres asociamos la mayor parte de las herramientas de trabajo especializado, así como por supuesto todo tipo de armamento, mientras que las mujeres se reconocerían por elementos ligados a las tareas tradicionalmente femeninas, como el hilado o el tejido, y por diferentes tipos de adornos y abalorios. Sin embargo, mientras a menudo se ha indicado que el tejido ha sido patrimonio masculino en muchas sociedades, en las que también varía el concepto de decoración corporal, el resultado es que los ajuares característicamente femeninos apenas pueden definirse, mientras que los masculinos abarcan prácticamente la totalidad de las variables recuperadas. Como consecuencia sucede que las mujeres son a menudo invisibles a través del registro arqueológico.

Nuestros propios parámetros y la falta de referentes en las culturas analizadas provocan a menudo el desconcierto –cuando no el error– en la lectura de determinados elementos de cultura material. El caso de la Cultura Ibérica es bastante representativo. La asociación –ciertamente excepcional– de armas a tumbas que se han clasificado como femeninas en función de los análisis antropológicos

ha resultado inexplicable, siendo el caso más representativo el de la Dama de Baza (Reverte, 1986). Tampoco nuestra valoración de los adornos personales coincidía hace años con los usos propios del mundo ibérico, donde vemos gracias a la iconografía y a las tumbas que han proporcionado una identificación segura de los restos óseos, que los pendientes huecos de oro eran básicamente un adorno masculino y no femenino. Desde nuestras apreciaciones actuales, ¿quién iba a pensar que los hombres de la Edad del Bronce se dejaban crecer extraordinariamente el pelo y lo peinaban con gruesas y larguísimas trenzas, como se ha podido apreciar en el Castellón Alto de Galera? (Coperías, 2003).

Parece razonable entonces, una vez establecidas las premisas teóricas, que se debe dejar hablar a la evidencia arqueológica por sí misma, y no ejercer sobre ella más apriorismos que los involuntarios, de forma que los datos inesperados encajen con más facilidad en nuestros estudios. Sin embargo, es cierto que dadas nuestras dificultades previas en encontrar a las mujeres, resulta inevitable que los proyectos de investigación refuercen los mecanismos de detección de los espacios y de la cultura material ligada a la mujer. Esta línea debe encuadrarse en la tendencia ideológica y política más general de feminismo o incluso de discriminación positiva, y es relativamente habitual observar que tanto en los proyectos, como sobre todo en los congresos y las publicaciones internacionales se refuerzan las investigaciones sobre estos temas. Se trata, en definitiva, de desvelar las relaciones de igualdad o desigualdad entre lo femenino y lo masculino en las sociedades del pasado, y bajo qué fórmulas se articulaban (Arnold y Wicker, 2001). (Figura 4).

Como se ha señalado anteriormente, los enfoques feministas se integran en la más



FIGURA 4.- Cambio en la consideración del género femenino en la lectura de la información arqueológica. La mujer vikinga desplaza al hombre, a pesar de que éste lleva los atributos guerreros que tanto se han valorado habitualmente en la bibliografía. A ella se asocian importantes tareas, como el control de la producción (producto, balanza y llaves de la despensa). Dibujo de Geir Helgøen en Stalsberg (2001).

amplia Arqueología de Género, y junto a ellos han surgido también, aunque en número mucho menor, los enfoques que pueden denominarse como “masculinistas”, por oposición a los enfoques “androcéntricos” tradicionales (Knapp, 1998). Se trata aquí de configurar la imagen y el carácter de lo masculino en una sociedad, dejando espacio para combinarlo con la visión feminista, e incluso con el reconocimiento, mucho menos frecuente, del “tercer género”, puesto que en la actualidad empiezan a desarrollarse estudios sobre la homosexualidad en el pasado y sobre las fórmulas para detectarla arqueológicamente.

Dentro de estas líneas hay que hacer mención igualmente a otro segmento de la sociedad que no encaja bien en los dominios anteriores, y que es el de la población infantil. Los niños, antes de llegar a la pubertad,

suelen ser considerados como un grupo poco definido desde el punto de vista del género, y en muchos casos los varones se crían bajo la esfera femenina hasta que adquieren edad suficiente para integrarse en el mundo masculino. El trabajo sobre el universo infantil tanto en los poblados como en las necrópolis está adquiriendo una gran importancia en los últimos años, puesto que la forma en la que se trata a los niños es muy indicativa de la configuración, ideología y normativa de una sociedad (Kamp, 2001). El estudio a fondo de este tema, sin embargo, se ve limitado a menudo porque los huesos infantiles son muy difíciles o incluso imposibles de sexar, aunque se encuentren en muy buen estado de conservación, lo que deja en principio al ajuar que se integra en sus tumbas la posibilidad de asignar los restos a uno u otro sexo, reproduciéndose los problemas que ya se han indicado respecto a las mujeres. Puedo asegurar por experiencia (Chapa, 2003b) que el trabajo sobre la infancia es una línea apasionante, que está siendo desarrollada ampliamente en el momento actual, pero que se encuentra aún en un estado suficientemente incipiente como para merecer una consideración entre los futuros investigadores como línea de trabajo para elaboración de tesis doctorales o trabajos de investigación.

Otra línea de gran interés es la que pretende apreciar símbolos personales y de grupo a través de los restos funerarios. La Arqueología de la Identidad busca reconocer aquellos parámetros que son expresados por un grupo como elemento cohesionador desde el punto de vista interno, así como diferenciador respecto al resto (Bourdieu, 1991). Esto implica conocer la forma en la que cada grupo se sitúa, concibe y articula su relación con el mundo y las sociedades que le rodean, así como la manera en la que

estructura su propia organización social. La identidad de grupo se manifiesta en todos los ámbitos, tanto en la esfera política como en la económica, pero en ningún espacio se expresa con más claridad que en el del ritual, y especialmente el funerario (Shennan, 1994; Thomas, 1996).

Todos aquellos grupos que conciban y acepten la existencia de una vida después de la muerte, y son la inmensa mayoría, deben arbitrar una serie de fórmulas para que sus difuntos puedan atravesar adecuadamente este umbral. Las alternativas serán muy diversas, desde la cremación a la inhumación, desde la exposición de los cadáveres a las sepulturas primarias y a los enterramientos secundarios, desde la deposición en las aguas al enterramiento en tierra firme. A su vez, diferentes agrupaciones o identidades dentro de una sociedad pueden provocar la existencia de uno o varios cementerios, a la práctica de ritos distintos y a una enorme variabilidad en las sepulturas, que va desde la práctica ausencia de estructuras a la construcción de complejas edificaciones funerarias.

Y esta identidad no cabe sólo buscarla en el campo de lo social, sino que es posible detectar también variaciones a nivel individual. Un ejemplo lo tenemos a través del vestido y del adorno personal, si es que el cadáver va acompañado de estos elementos. Además de las pautas socialmente sancionadas sobre la vestimenta, existe habitualmente campo para disponer de ciertos elementos de forma particularizada, lo que indica el deseo de individualización por parte de la persona. Otro ejemplo, más frecuente de lo que parece en las Culturas antiguas, es el de los tatuajes, que nos muestran un mundo lleno de símbolos e imágenes profundamente asumido e indisolublemente unido a los individuos. Desde el "hombre de los hielos",

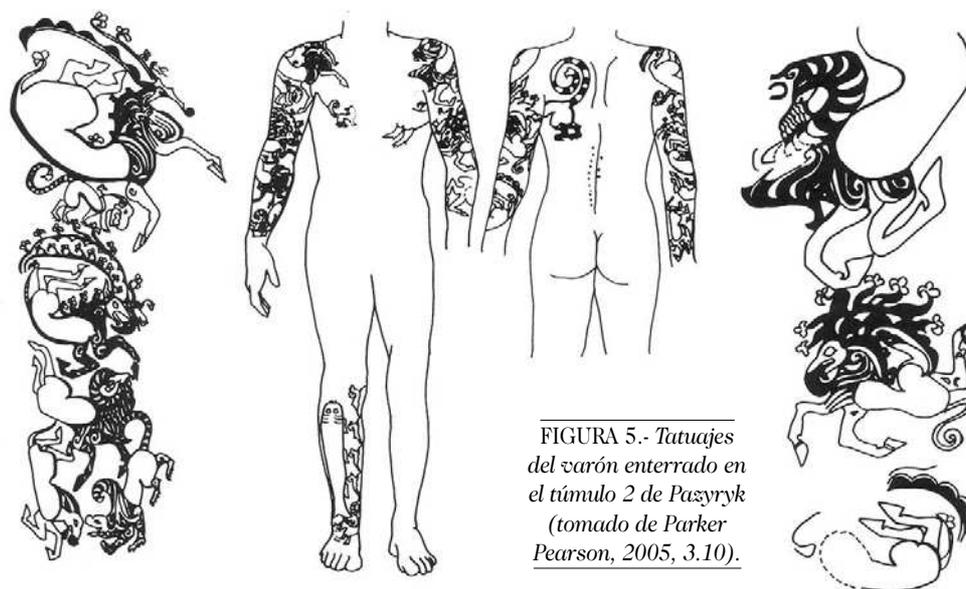


FIGURA 5.- *Tatuajes del varón enterrado en el túmulo 2 de Pazyryk (tomado de Parker Pearson, 2005, 3.10).*

cuya cronología hay que remontar a los inicios del Calcolítico, a los riquísimos diseños tatuados que muestran los cadáveres de los kurganes escitas de la Edad del Hierro en el sur de Siberia, como es el caso de Pazyryk –c. 500 a.C.– (Figura 5) son muchos los grupos que han empleado esta práctica de expresión personal y colectiva, algo que se pierde para siempre en los casos en los que se practicó la cremación. (Rudenko, 1970; Demetz, 1998)

La Etnoarqueología es aquí un gran apoyo para los especialistas, ya que podemos encontrar múltiples ejemplos que amplían nuestra capacidad de juicio, y a la vez relativizan ciertas aseveraciones que tomamos a veces por ciertas cuando no deben ser consideradas más que como una propuesta más entre muchas otras. Es habitual que recurramos a grupos humanos similares a los de nuestro objeto de estudio para que podamos establecer comparaciones razonables. Sin embargo, si el objetivo que nos planteamos

es el de abrir nuestras mentes a una amplia diversidad de ejemplos y posibilidades, resulta especialmente ilustrativo mirar directamente a nuestro alrededor.

Tradicionalmente, uno de los hechos más difíciles de entender y explicar en el mundo funerario de la Prehistoria era el uso que al final del Natufiense y en el Neolítico Precerámico del Próximo Oriente (en torno a 11.000-9000 BP) se hacía de las calaveras humanas. Aparecían en ciertas estructuras, solitarias o agrupadas, y se cubrían con barro, introduciéndose conchas en sus ojos para devolverles su apariencia vital. Los esqueletos, desprovistos de sus cráneos, yacían enterrados bajo los suelos de las casas (Byrd y Monahan, 1995; Bar Yosef, 1998).

En la actualidad se puede comprobar cómo en lugares como Bolivia las calaveras, pertenecientes o no a auténticos antepasados, son arregladas, vestidas y “alimentadas” por la gente, que las aloja en sus domicilios y las festeja en los cementerios en días espe-

cialmente fijados. Vida y muerte se entrelazan de una forma mucho más fluida que la existente en el mundo occidental, en el que existe una separación formal y racional entre ambos ámbitos, proyectada igualmente hacia la investigación.

Otros llamativos casos nos muestran cómo también la sociedad actual da respuesta en el campo de lo funerario a ciertas tendencias que tienen gran peso en el mundo de los vivos, como es el caso del fútbol. Recientemente hemos asistido igualmente a través de la prensa a un ejemplo de expresión de la identidad sobre parámetros diferentes a los de la edad, el género o la pertenencia a grupos por causa del nacimiento o la emigración, en un caso claro de reorganización social de carácter horizontal con una manifestación funeraria directa. El club bonaerense del Boca Juniors ha inaugurado un cementerio para sus seguidores, en el que se cuidarán todos los aspectos externos e internos relacionados con los distintivos del club, puesto que incluso los féretros llevarán el escudo en el exterior. Hombres, mujeres y niños serán enterrados aquí, procedentes de muy diversas partes de Argentina, puesto que se calcula que una mayoría de la población del país forma parte de la hinchada de este club. No voy a pensar en agrupaciones deportivas, –quizás debiéramos–, pero, ¿existieron en el pasado que estudiamos otros cauces para la ordenación de los cementerios que no estuvieran basados necesariamente en las unidades familiares?. Es evidente que hubo grupos de armas, gremios, sociedades secretas y religiosas, etc., que pudieron alterar o al menos convivir con otras fórmulas más convencionales y reconocidas de disposición de los difuntos.

IV. TRABAJANDO CON NECRÓPOLIS: PROBLEMAS Y POSIBILIDADES

Todo lo anteriormente señalado marca las pautas que debe seguir cualquier arqueólogo especializado en contextos funerarios, y que quedan marcadas por una renovación teórica y metodológica constante. El cuidadoso trabajo que se ha desarrollado en este campo se ha “exportado” hacia otros ámbitos, como el policial, abriéndose temáticas comunes bajo el apelativo de “arqueología forense” (Hunter *et al.*, 1996). Por otra parte, el desarrollo de las infraestructuras o la urbanística, que afecta a todo tipo de patrimonio arqueológico, tiene un especial punto de atención cuando afecta a necrópolis, ya que la recuperación de restos con estas características se considera como prioritaria y relativamente fácil de justificar de cara a los ambientes no especializados.

Sin embargo, la sociedad actual está empezando a transformar la percepción y valoración del registro funerario, replanteando su propia relación con este tipo de restos. Por un lado, la fuerza progresiva que adquieren grupos que reclaman para sí una identidad étnica y/o religiosa, están cuestionando el método científico racionalista “occidental” con parámetros del mundo de las creencias, la identidad y la política (Fernández Martínez, 2006: 163-207).

Países con un fuerte pasado colonial, ya sea en territorios propios o ajenos, como Estados Unidos, Inglaterra o Australia, han tenido que afrontar requerimientos de las poblaciones “indígenas” sobre restos humanos conservados en museos, o incluso inmersos en proceso de excavación. En EEUU se formalizó una ley cuyo acrónimo es NAPGRA (Native Graves Protection and Repatriation

Act) para fijar los protocolos de protección y devolución de los restos reclamados por las comunidades locales (Ousley *et al.*, 2005). El gobierno británico, por su parte, creó en 2001 el “Working Group on Human Remains” para revisar el estatus legal de los restos humanos conservados en los museos públicos, y para considerar y revisar devoluciones de restos de personas etiquetadas como “No-UK” a sus descendientes.

Todo este proceso lleva a situaciones en las que se pone de manifiesto que la Arqueología se implica en niveles que van mucho más allá de la mera investigación, puesto que ésta misma queda amenazada o incluso anulada por la aplicación de otros criterios

a los que en ocasiones se da más peso político. Además, se evidencian numerosas contradicciones entre los principios arqueológicos generalmente asumidos y los que entran en juego en estas situaciones de conflicto. Por ejemplo, se ha criticado frecuentemente que los tratos mantenidos entre algunas poblaciones indígenas, las autoridades políticas o los museos, se centran en la recuperación y traslado de los restos humanos, pero los ajuares que los acompañaban nunca suelen aparecer en las conversaciones ni en las reflexiones de las legislaciones o códigos de los países occidentales.

Uno de los casos más llamativos de los últimos años es el del llamado “Kennewick

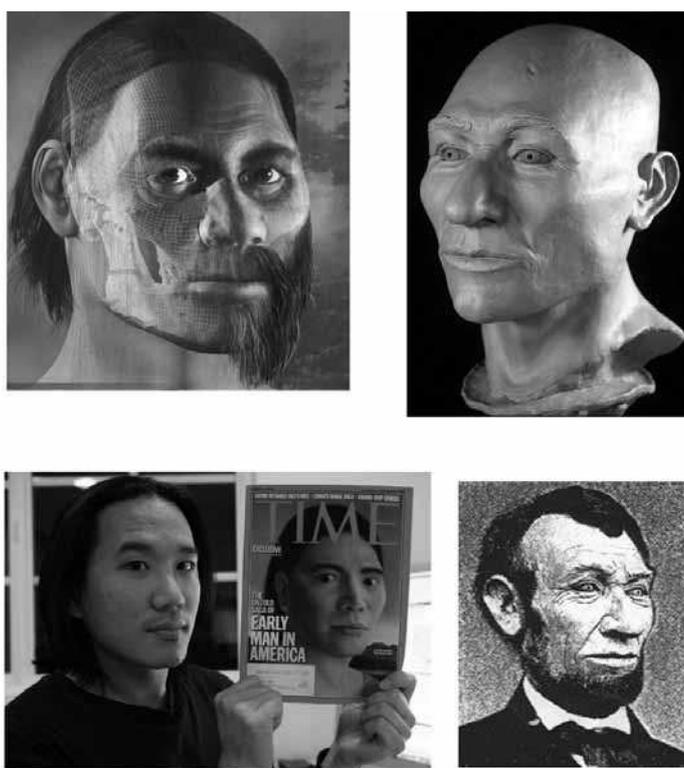


FIGURA 6.- Hombre de Kennewick. Las restituciones faciales dan lugar a asociaciones étnicas diversas

Man”, encontrado el 28 de julio 1996 en los márgenes del río Columbia (EEUU) (Figura 6). Sus restos, de unos 9.000 años de antigüedad, fueron excavados y transportados al Museo Burke de la Universidad de Washington, aunque en realidad son propiedad del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los Estados Unidos, al que pertenece el lugar del hallazgo. Diversas comunidades indígenas norteamericanas han reconocido este esqueleto como su antepasado, reclamándolo para recibir sepultura de acuerdo a sus tradiciones, lo que en principio se aceptó, pero ante las numerosas peticiones de ciudadanos y asociaciones de que se realizara un estudio exhaustivo, el proceso se detuvo. Además, un buen número de arqueólogos intervino en el mismo sentido alegando que el NAPGRA no podía ser aplicado en este caso. Finalmente, la Asamblea Popular Asatru, de raíces europeas e ideología precristiana, consideró que la estructura corporal del “Hombre de Kennewick” podría corresponder a uno de los pioneros vikingos que visitaron América mucho antes que Colón, por lo que solicitaron nuevos informes periciales. La polémica y los procesos judiciales han sido largos y de muy amplia difusión, y a los diez años de su hallazgo los restos han sido estudiados exhaustivamente, y siguen conservados en el Museo, aunque el acto final no se ha dictado todavía (Thomas, 2000)⁷.

Los gobiernos británico y australiano firmaron el 5 de julio de 2000 un acuerdo apoyando la repatriación de los restos humanos, en el cual se reconoce “la especial conexión que los grupos indígenas tienen con los restos ancestrales, especialmente cuando existen descendientes vivos”. Por ello se promueven las repatriaciones de los “restos humanos indígenas siempre que sea posible [y apropiado] tanto desde las colecciones públicas como privadas”. La escenificación

más llamativa de este acuerdo e produjo en el Museo de Manchester, donde un jefe aborigen realizó diversos ceremoniales en el acto de entrega de cuatro cráneos, a los que se unió una disculpa por parte del Museo. No todas las instituciones han reaccionado de la misma manera, y en la actualidad existen numerosas reivindicaciones sin resolver en este sentido. Los casos se producen en muy diversos países y provocan situaciones y resultados muy diversos, pero los casos se multiplican año tras año.

Podemos pensar que en España somos ajenos a estos complicados procesos, pero lo cierto es que los precedentes con los que contamos no son nada halagüeños. El primero es el caso del “Negro” de Bañolas, un bosquimano que fue desenterrado en 1830 y llevado a París después de ser diseccionado. En 1916, ya en la colección de Françese Dardes, pasó al Museo de Bañolas, donde se exhibió en una vitrina. La polémica se inició en 1992, cuando un médico –Alfonso Arcelín– indicó que el cadáver debía repatriarse, proponiendo Bostwana como lugar de destino. Aquí se inició una gran discusión a favor y en contra de la iniciativa, que se internacionalizó con intervención final de UNESCO a favor de su repatriación, la cual se produjo en el año 2000, con gran seguimiento mediático.

Más problemática es la experiencia del cementerio judío de Valencia, una excavación urbana que trabajó en una zona de la antigua judería en la que se localizó una necrópolis del s. XIV. Las noticias aparecidas en la Prensa sobre el hallazgo movilizaron a la Federación de Comunidades Israelitas de Es-

⁷ | Una información detallada sobre el caso es accesible en el “Centro de Interpretación Virtual del Hombre de Kennewick” (<http://www.kennewick-man.com/>)

paña, que reclamaron los restos y exigieron que no se realizara estudio ni extracción de material alguno, y que bajo su exclusivo control fueran trasladados a un cementerio judío actual. A pesar de que esto contravenía explícitamente la Legislación Española en materia de Patrimonio Histórico y Arqueológico, tanto el Ayuntamiento de Valencia como la Consejería de Cultura decidieron asumir las reclamaciones de la comunidad judía, y pese a las protestas de la comunidad arqueológica, y el informe contrario del Síndic de Greuges o Defensor del Pueblo valenciano (que se produjo dos años después), se consumó el traslado sin que los restos humanos hubieran podido proporcionar un mínimo de información arqueológica (Jiménez y Mata, 2001).

Sería bueno, cómo no, desarrollar un proceso reflexivo, no ya sólo sobre personas pertenecientes a culturas muy diferentes, sino para estipular si las diferencias religiosas en una misma sociedad pueden ser atendidas por encima de lo que dictan las leyes de un Estado aconfesional. Las repatriaciones y el tratamiento diferenciado de unos restos, considerados “indígenas” por la relación genealógica con ellos de un grupo social determinado, frente a los de la sociedad occidental, que se atiene a sus propias normativas y se aleja de lo “indígena” distinguiendo entre pasado y presente,

no hace sino seguir marcando diferencias, aunque en una dimensión “post-colonial”. Pero los reconocimientos de identidades étnicas para ciertos grupos no tiene una línea de separación clara respecto a otro tipo de identidades, como las religiosas, que están hoy reforzándose de forma evidente, y que penetran en el interior de las sociedades que pretenden hacer legislaciones racionalistas y de aplicación obligada. En un tiempo en el que el mundo, no voy a decir de la religión, sino de las creencias en sentido más amplio, se sitúa a menudo por encima o directamente enfrentado a la ciencia, el estudio de los cementerios tendrá cada vez más problemas para ser objeto de investigaciones bien documentadas.

Mientras tanto, las necrópolis antiguas y modernas que permanecen al margen de estas polémicas se convierten en lugares de gran potencial en la difusión del conocimiento sobre las sociedades del pasado. Numerosos centros de investigación se han desarrollado en base a monumentos y conjuntos funerarios, y ofrecen la posibilidad de diseñar estrategias de puesta en valor y de conservación adecuada de los vestigios arqueológicos. Conservación, investigación y difusión son, una vez más, los objetivos de la que se ha dado en llamar la “Arqueología de la Muerte”.

BIBLIOGRAFÍA

Arnold, B.; Wicker, N. L., 2001: *Gender and the Archaeology of Death*. Altamira Press. Walnut Creek, Lanham, N. York y Oxford.

Bar Yosef, O., 1998: The Natufian Culture in the Levant. Threshold to the origins of agriculture. *Evolutionary Anthropology* 6(5): 159-177.

Bourdieu, P., 1991: Identity and representation. Elements for a critical reflection on the idea of region. En Bourdieu, P.: *Language and symbolic power*. Harvard University Press. Cambridge, Mass. 220-228.

Budd, P.; Millard, A.; Chenery, C.; Lucey, S.; Roberts, Ch., 2003: Investigating population mo-

- vement by stable isotope analysis: a report from Britain. *Antiquity*. 78 (299): 127-141.
- Byrd, B. F.; Monahan, C. M., 1995: Death, mortuary ritual and Natufian social structure. *Journal of Anthropological Archaeology*. 14 (3): 251-287.
- Campillo, D., 1982: Estudi de les restes humanes de la tomba. En J. Sanmartí et al.: "Les troballes funeraries d'època ibèrica de la Granja Soley (Santa Perpetua de Mogoda, Barcelona)". *Ampurias* 44: 71-103
- Chapa Brunet, T., 1991: La Arqueología de la Muerte: planteamientos, problemas y resultados. En Vaquerizo Gil (coord.): *Arqueología de la Muerte: Metodología y Perspectivas actuales*. Diputación Provincial. Córdoba. 13-38.
- Chapa Brunet, T., 2000: Aplicaciones de la Arqueología de la Muerte en la Prehistoria reciente de la península Ibérica. En *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular. Vol. 5. Proto-Història da Peninsula Ibérica*. Porto. ADECAP. 9-19.
- Chapa Brunet, T., 2003a: El tiempo y el espacio en la escultura ibérica: un análisis iconográfico. En T. Tortosa y J.A. Santos Velasco: *Arqueología e Iconografía: indagar en las imágenes*. L'Erma di Bretschneider Roma. 99-119
- Chapa Brunet, T., 2003b: La percepción de la infancia en el mundo ibérico. *Trabajos de Prehistoria*. 60 (1): 115-138.
- Chapa Brunet, T.; Pereira Sieso, J., 1992: La necrópolis de Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén). En J. Blánquez y V. Antona (eds): *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis*. Universidad Autónoma de Madrid. 431-454.
- Chapa, T.; Pereira, J.; Madrigal, A.; Mayoral, V., 1998: *La necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)*. Consejería de Cultura. Junta de Andalucía. Universidad de Jaén. Sevilla.
- Clarke, D. L., 1983: *Arqueología Analítica*. Ed. Bellaterra, Barcelona.
- Coperías, M., 2003. El Hombre de Galera. http://www.muyinteresante.es/canales/muy_act/anterior/junio03/portada1.htm.
- Demetz, S., 1998: *The South Tyrol Museum of Archaeology. The Guide*. South Tyrol Museum of Archaeology. Folio Verlag. Bolzano-Viena.
- Fernández Martínez, V., 2006: *Una Arqueología Crítica. Ciencia, Ética y Política en la construcción del pasado*. Crítica Arqueología. Barcelona.
- Gowland, R. L.; Chamberlain, A. T., 2005: Detecting Plague: palaeodemographic characterisation of a catastrophic death assemblage. *Antiquity*. 79: 146-157.
- Gracia Alonso, F., 2003: *La guerra en la Protohistoria. Héroes, nobles, mercenarios y campesinos*. Ariel Prehistoria. Barcelona.
- Guilaine, J.; Zammit, J., 2002: *El camino de la guerra. La violencia en la Prehistoria*. Ariel Prehistoria. Barcelona.
- Hagelberg, E., 2005: DNA (Review articles). *Antiquity*. 79: 196-199.
- Hunter, J.; Roberts, C.; Martin, A., 1996: *Studies in crime: an introduction to forensic archaeology*. B.T. Batsford. Londres.
- Jiménez, J. L.; Mata, C., 2001: Creencias religiosas versus gestión del Patrimonio Arqueológico: El caso del cementerio judío de Valencia. *Trabajos de Prehistoria* 58 (2): 27-40.
- Kamp, K. A., 2001: Where have all the children gone?: the archaeology of childhood. *Journal of Archaeological Method and Theory*. 8 (1): 1-34.
- Knapp, A. B., 1998: Who's come a long way, baby? *Archaeological Dialogues*. 5 (2): 91-106.
- Ousley, S. D.; Billeck, W. T.; Hollinger, R. E., 2005: Federal repatriation legislation and the role of physical anthropology in repatriation. *American Journal of Physical Anthropology*. 41: 2-32.
- Parker Pearson, M., 2005: *The Archaeology of Death and Burial*. Texas A&M University Press. College Station (4ª ed).

- Price, T. D.; Burton, J. H.; Bentley, R. A., 2002. The characterization of biologically available strontium isotope ratios for the study of prehistoric migration. *Archaeometry*. 44 (1): 117-135.
- Price, T. D.; Knipper, C.; Grupe, G.; Smrcka, V., 2004: Strontium isotopes and prehistoric human migration: the Bell Beaker period in Central Europe. *European Journal of Archaeology*. 7 (1): 9-40.
- Price, T. D.; Manzanilla, L.; Middleton, W. D., 2000: Inmigration and the Ancient City of Teotihuacan in México: a study using Strontium Isotope Ratios in human bone and teeth. *Journal of Archaeological Science*. 27: 903-913.
- Reverte Coma, J. M., 1985: La necrópolis ibérica de Pozo Moro (Albacete). Estudio anatómico, antropológico y paleopatológico. *Trabajos de Prehistoria*. 42: 195-212.
- Reverte Coma, J. M., 1986: Informe antropológico y paleopatológico de los restos cremados de la Dama de Baza. Estudios de Iconografía II. *Coloquio sobre el Puteal de La Moncloa*. Museo Arqueológico Nacional. Ministerio de Cultura. Madrid. 187-192.
- Rudenko, S. I., 1970: *Frozen Tombs of Siberia: The Pazyryk Burials of Iron Age Horsemen*. The University of California Press, Berkeley.
- Ruiz Zapatero, G., 2004: Casas y tumbas. Explorando la desigualdad social en el Bronce Final y Primera Edad del Hierro del NE de la Península Ibérica. En *Los enterramientos en la Península Ibérica durante la Prehistoria reciente*. *Mainake* XXVI. 293-330.
- Ruiz Zapatero, G.; Chapa Brunet, T., 1990: La Arqueología de la Muerte: Perspectivas teórico-metodológicas. En Burillo Mozota, F. (coord.): *Necrópolis Celtibéricas*. II Simposio sobre los Celtíberos. 357-372.
- Sánchez, J., 1998: La Arqueología de la Arquitectura. Aplicación de nuevos modelos de análisis a estructuras de la Alta Andalucía en época ibérica. *Trabajos de Prehistoria*. 55 (2): 89-109.
- Sánchez, J., 2004: La arquitectura en la necrópolis de Galera. En Pereira, J.; Chapa, T.; Madrigal, A.; Uriarte, A.; Mayoral, V. (eds): *La necrópolis ibérica de Galera (Granada)*. *La colección del Museo Arqueológico Nacional*. Ministerio de Cultura. Madrid. 195-212.
- Santonja Alonso, M., 1985: Necrópolis de "El Cigarralejo", Mula (Murcia). Estudio osteológico y paleopatológico (primera parte). *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. 21: 46-57.
- Scholz, M.; Trellisó Carreño, L.; Pusch, C. M., 2000: The examination of ancient DNA: guidelines on precautions, controls and sample processing. *Trabajos de Prehistoria*. 57 (1): 115-120.
- Shennan, S., 1994: *Archaeological approaches to cultural identity*. Routledge, Londres.
- Stalsberg, A., 2001: En Arnold, Bettina; Wicker, Nancy L. (eds): *Gender and the Archaeology of Death*. Altamira Press. Walnut Creek, Lanham, N. York y Oxford. 65-79.
- Thomas, D. H., 2000: *Skull Wars: Kennewick Man, Archaeology and the Battle for Native American Identity*. Basic Books. Nueva York.
- Thomas, J., 1996. *Time, Culture and Identity. An interpretative Archaeology*. Routledge. N. York.
- Vegas, J. I.; Armendáriz, A.; Etxeberria, F.; Fernández, M.; Herrasti, L.; Zumalabe, F., 1999. La sepultura colectiva de San Juan ante Portam Latinam (Laguardia, Álava). *Saguntum. Actas del II Congreso de Neolítico de la Península Ibérica*. Extra 2. Valencia. 439-44
- Wild, E. M.; Stadler, P.; Häußler, A.; Kutschera, W.; Steier, P.; Teschler-Nicola, M.; Wahl, J.; Windl, H. J., 2004: Neolithic Massacres: Local Skirmishes or General Warfare in Europe?. *Radiocarbon*. 46 (1): 377-385.